

## **DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría, 1, 13-15; 2, 23-24): *La justicia es inmortal.*

**Salmo** (29, 2 y 4.5-6.11 y 12a y 13a): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

**2ª lectura** (2ª Corintios, 8, 7-9.13-15): *Así habrá igualdad.*

**Evangelio** (Marcos 5, 21-24.35b-43): *No temas; basta que tengas fe.*

*«No temas; basta que tengas fe». «Tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud».* Con estas dos frases del Evangelio resume Jesús la confianza y la fe que han de mover nuestra vida, en la certeza de Dios Padre de todo bien. Dios lo hace todo nuevo, sana, cuida, y devuelve la vida, incluso cuando nos damos de frente con el muro de la misma muerte. Y es Jesús quien nos muestra y hace presente este Amor/Vida del Padre, para superar toda limitación, todo atentado contra la vida.

O sea, que lo más importante es la fe. No la confianza solo en nuestras fuerzas, proyectos y trabajos. Eso es necesario. Pero es más necesaria la apertura y confianza en Dios que quiere la vida para los suyos. Pablo VI pedía una fe plena, sin reservas, alegre, humilde, que se rinda al testimonio del Espíritu. Pues eso podemos pedir nosotros.

Dios es Creador de vida y de bien. La Sabiduría dice que todo lo ha creado para subsistir, no para un momento, sino para siempre. Y hace partícipe a las personas, que somos el centro de la creación. No es algo acabado, ni cerrado. Es la Vida en pleno dinamismo que hacemos posible también con esfuerzo y entrega. Por eso las criaturas son saludables, y por encima de ellas cada hombre, cada hijo de Dios, que somos su imagen. Somos llamados y creados para la vida sin fin, para gozar de la Bondad de Dios. Qué bien lo cantamos con confianza cuando decimos adiós a nuestros difuntos: en Manos de Dios te dejamos, en manos de Dios Padre y Madre.

Claro, que vivir gozando de este proyecto de Dios de favorecer la vida, implica de nosotros un estilo de vida, atento a los hermanos. Es el mandato del Amor a Dios en los hermanos. Pablo a los Corintios nos da una buena invitación a la generosidad, a compartir también los bienes con los demás, a ejemplo de Jesús que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. No, no es un juego de palabras, es la grandeza de su Mensaje. Y aunque sabemos que se refiere Pablo a la colecta en favor de la Iglesia Madre de Jerusalén, el mensaje es claro: ser generosos para igualarnos, para ver siempre como propia la necesidad de los demás.

Marcos es un experto en narrar una buena historia a pesar de su estilo sencillo, un poco desconcertante y a veces un poco rudo. El relato de hoy tiene su protagonista: Jesús; tiene algunos personajes principales: un jefe de la sinagoga llamado Jairo y una mujer anónima que padecía de tiempo atrás una desgastante enfermedad. Dos ejemplos de vida: Una vida que se acaba con la muerte de aquella niña, y la otra que es como si no existiera, de la mujer enferma e impura. Es lo mismo.

Tiene también otros personajes que juegan una parte importante en el relato: la niña moribunda, la gente, el grupo de discípulos, unos criados, los tres discípulos más cercanos de Jesús, los que lloraban y causaban alboroto en casa de Jairo y que después se reírían de Jesús, la silenciosa y discreta madre de la niña muerta, y el coro final que queda lleno de asombro y a quien Jesús ordena no hablar, pero sí actuar. También hay otros antagonistas en la historia: no son otros seres humanos, sino la enfermedad y la muerte.

En la estrechez de la callejuela, debió de sonar a broma en los oídos de sus discípulos: *«Quién ha tocado mi manto»*. Con tanta gente, empujando por estar cerca de ti, apretujándose y estrujándose unos con otros, **¿cómo se te ocurre hacer esa pregunta?** Jesús observa, escruta, mira a todos, pero no ve a nadie en particular. Entonces la ve acercarse, asustada y temblorosa. Solo ella lo sabe y él también. Una mujer llena de fe sencilla, agotada por la enfermedad, empobrecida por los gastos, desalentada en su lucha por conservar la vida que literalmente se le iba escurriendo del cuerpo.

Sin nombre, como tantas mujeres; con timidez y a la vez con valentía, pensaba que con solo tocar la orla de tu manto encontraría alivio, confiesa avergonzada. Posiblemente la mujer fuese mucho mayor que él, pero, al dirigirse a ella, Jesús no le dice “mujer”, ni “tú”, sino *«hija»*. Para quien habla del Reino de un Dios que es padre de todos, ella es ante todo una hija: *«tu fe te ha curado. Vete en paz y queda sana»*. Una hija que puede estar en paz, puede dejar atrás su sufrimiento y su enfermedad, pero también su susto y su temblor, su silencio y su marginación. No más vergüenza y anonimato, no más silencio: *«Hija, todo esto ha ocurrido, no por mí, sino por tu fe. Tu fe te ha curado»*.

Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes, nos decía el autor del libro de la Sabiduría. Jesús es la Vida de Dios, transmite la vida, favorece la vida. Con su actuar Jesús nos muestra este Dios de vida que a todos nos llama a crear y favorecer la vida, y vida en abundancia. No hay mejor proyecto al que estemos llamados.